



Óscar se ha sentado a la puerta de su casa. Está triste y preocupado. Mamá le ha dicho hace un ratito que tiene que ir a la escuela.

Óscar, hijo —le dice mamá—, tú ya tienes cuatro años y los niños de cuatro años deben ir a la escuela. Mañana empieza el curso y tendrás que ir.

Pero yo no quiero ir —contestó Óscar—, yo me quiero quedar aquí contigo, mamá.

En la escuela lo pasarás muy bien. Allí hay una maestra muy buena que cuidará de ti mientras yo no estoy, y hay muchos niños y niñas de tu edad que querrán ser tus amigos y jugar contigo. Además, allí aprenderás cuentos y canciones, aprenderás a leer y a escribir, aprenderás a hacer números... ¡Ya verás qué bien lo vas a pasar!



Pero Óscar no está muy convencido. Está un poco asustado. ¿Y si no le gusto a la maestra? —se pregunta—. ¿Y si los niños y las niñas de la escuela no quieren ser mis amigos y no quieren jugar conmigo? ¿Por qué tienen que ir los niños a la escuela? Yo no quiero ser un niño.

Cerca de Óscar se ha posado un pajarito. Está picoteando por el suelo, buscando algo que comer.

Óscar le mira fijamente y piensa en lo tranquilo que está el animalillo.

¡Claro! —dice—, ¡cómo los pájaros no tiene que ir a la escuela...! ¡Me gustaría ser un pájaro!



Un ratón, que aparece de repente, camina sigilosamente hacia el pajarito. Cuando está cerca salta sobre él y el pájaro apenas tiene tiempo de extender sus alas y salir volando.

Menudo susto se ha llevado el pájaro —piensa Óscar—. Quizá no sea tan buena idea eso de ser pájaro. Creo que prefiero ser un ratón. Los ratones tampoco tienen que ir a la escuela.

